

Bárbaros y santos: la guerra en la Antigüedad Tardía

José Soto Chica

Centro de Estudios bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada,

Universidad de Granada

josesotochica@gmail.com

Presentación

Los años que grosso modo se extienden entre el 250 y el 750, esto es, el periodo que habitualmente se denomina como “Antigüedad Tardía,” ha pasado de ser una época marginal, historiográficamente hablando, a ser una de las que más atraen la atención de los especialistas. Su carácter “Fronterizo,” situada como está entre la Antigüedad Clásica y la Alta Edad Media, contribuye no poco a ello, pero también su propia esencia: la de ser una época de profundas, rápidas y decisivas transformaciones. Transformaciones sociales, políticas, económicas, religiosas, tecnológicas, etc. Pero, y esto se olvida a menudo, ante todo militares. Fue el desequilibrio en la balanza de poder militar que se produjo en el Próximo Oriente por mor del ascenso de la potencia Sasánida lo que abrió definitivamente la crisis del siglo III,¹ que daría al traste con el sistema del Principado romano; y fue la acumulación de poder militar lograda por las grandes confederaciones germánicas de los alamanes, los francos o los godos tervingios la que fue transformando de forma paulatina pero inexorable las relaciones entre el *Barbaricum* y el Estado romano.² Fue también en campos de batalla como los del Puente Milvio o el Río Frígido, 312 y 394 respectivamente, en donde se sancionó el ascenso imparable y dominio absoluto del cristianismo.³ Más tarde, en la segunda mitad del siglo IV, la aparición de los hunos, con su poderoso arco compuesto asimétrico, su uso masivo de caballos de refresco y su forma de combatir, provocaría un auténtico cataclismo político en las fronteras romanas y posteriormente, ya en el siglo V, tras

¹ Esta tesis ha sido defendida por muchos especialistas. Por ejemplo, James HOWARD-JOHNSON: *The Two Great Powers in Late Antiquity: A Comparison*, en Averil CAMERON (ed.), *The byzantine and early Islamic near east*, Vol. III: States, resources and armies, Nueva Jersey, Routledge, 1995, pp. 157-226. O Peter HEATHER: *La caída del Imperio romano*, Barcelona, Crítica, 2006, pp. 86 y ss.

² Guy HALSALL: *Las migraciones bárbaras y el Occidente romano. 376-568*, Valencia, Universitat de València, 2012, pp. 130 y ss.

³ Arther FERRIL: *La caída del Imperio Romano. La explicación militar*, Madrid, Edaf, 1989, pp. 20-22 y 71-72

muchos y complejos avatares, el desmoronamiento y disolución del Occidente romano traería consigo no sólo nuevos escenarios políticos, sino también la consolidación de una nueva forma de entender y hacer la guerra. En fin, en los siglos VII y VIII, el inesperado surgimiento del Islam, su imparable expansión militar y su consolidación como gran potencia en la figura del Califato de Damasco traería consigo la sumisión de Persia y la conversión del Imperio romano de Oriente en un imperio de ámbito regional, creando un Mediterráneo dividido en tres esferas culturales claramente diferenciadas: el Occidente, el Oriente bizantino y el Islam.⁴

El estudio de la guerra y de los ejércitos, medios e ideas que en torno a su existencia se generan ha ido cobrando en las últimas décadas una importancia e interés que nunca debieron perder. La Historia militar es necesariamente poliédrica y necesariamente multidisciplinar. El historiador, el arqueólogo, el filósofo, el historiador del arte, el antropólogo, todos ellos y otros muchos, pueden y deben participar de su estudio. El presente dossier cumple con esos requisitos y aspira, por lo tanto, a ofrecer una amplia panorámica de algunas de las muchas facetas que la guerra y lo militar presentan en la Antigüedad Tardía.

Desde hace más de veinte años, la mayor parte de mis trabajos y publicaciones se han centrado en el estudio de los ejércitos y de las guerras del periodo arriba mencionado. En 2015 presenté un libro dedicado a la evaluación de los recursos y ejércitos de las dos grandes “Superpotencias” de la Antigüedad Tardía: Roma y Persia;⁵ en 2019 publiqué en la editorial Desperta Ferro una monografía dedicada al estudio de la guerra entre los siglos V y VIII, abarcando espacios tan diversos como la China de los Tang, la Britania post romana, la Persia sasánida, el Califato Omeya o la Francia Merovingia.⁶ Entre ambos libros, y antes y después de ellos, he publicado más de cincuenta artículos y capítulos de libro en los que las cuestiones militares han sido el objeto fundamental de estudio o, al menos, parte importante del mismo. Incluso en mis otros libros, dedicados al Bizancio, la Persia sasánida y el Primer Islam, y a los visigodos, los ejércitos, la guerra en suma, ocupan una posición central,⁷ como también lo ocuparán en el libro que en octubre de este mismo año publicaré y que se centrará en el análisis de los acontecimientos acontecidos durante los siglos IV y V de nuestra era. No soy pues lego en la materia y desde esa posición puedo valorar los excelentes trabajos que aquí se presentan en el marco de esta prestigiosa revista: la RUHM.

⁴ José SOTO CHICA: *Bizancio y los sasánidas. De la lucha por el Oriente a las conquistas árabes*, Granada, C.E.B.N.Ch de Granada, 2012.

⁵ José SOTO CHICA: *Bizancio y la Persia sasánida: dos imperios frente a frente. Una comparación militar y económica. 565-642*, Granada, C.E.B.N.Ch. de Granada, 2015.

⁶ José SOTO CHICA: *Imperios y bárbaros. La guerra en la Edad oscura*, Madrid, Desperta Ferro, 2019.

⁷ José SOTO CHICA: *Bizancio y los sasánidas...*; Francisco MALDONADO VILLENA y José SOTO CHICA: *La didascalía de Jacob. Edición, traducción y estudio*, Granada, C.E.B.N.Ch de Granada, 2016; José SOTO CHICA: *Los visigodos. Hijos de un dios furioso*, Madrid, Desperta Ferro, 2020.

Contenido

La guerra necesita de justificación y, a la par, ofrece poderosos argumentos e ideas para la reflexión y la concepción de la sociedad y del estado. No es pues de extrañar que los filósofos griegos y romanos dedicaran a su estudio, a su valoración, a su interpretación en cuanto a manifestación de lo social, de lo político y aún de lo cultural, numerosos tratados y reflexiones. La Antigüedad tardía fue especialmente rica en este tipo de trabajos y constituye un verdadero acierto el que el profesor Luis Gonzaga Roger Castillo dedique un excelente artículo a esta cuestión: “Filosofía de la guerra en la Antigüedad Tardía: la tradición Neoplatónica.” El tema venía de lejos. Ya Platón, en su “República”, había dedicado no poco espacio y trabajos al papel del ejército y de la guerra en la constitución de su sociedad ideal. El camino abierto por Platón sería seguido por tratadistas y filósofos como Jenofonte, Onesandro o Eneas El táctico, por citar sólo algunos que no sólo se ocuparon de aspectos prácticos, sino también de definir la guerra y de justificar su existencia y su utilidad. Pero sería en la Antigüedad Tardía, pese a que el hecho sea generalmente ignorado, cuando los filósofos se ocuparon más de la cuestión. Sería entre los siglos III y VI cuando el afán por definir con precisión qué es la guerra, qué tipos de guerra existen, cuáles son lícitos o no, cómo debe de ser llevada a cabo, cuáles son sus propiedades, cuáles sus aspectos conductuales y éticos, y cuál es su relación con el gobierno y con la existencia del Estado, alcanza su cénit y adopta una complejidad conceptual y una importancia vital en la compleja relación entre filosofía y poder. Filósofos y escritores como Luciano de Samosata, Porfirio, Proclo, Libanio, Olimpodoro, Temistio o Sinecio de Cirene dedicaron no pocos esfuerzos a acercarse y comprender el hecho bélico y, de paso y con ello, gracias a su prestigio e influencia, reorientaron la relación del cristianismo con la guerra.

El trabajo del Profesor Luis Roger es, pues, axial si se quiere comprender la visión que el Estado romano tenía sobre la guerra en la época de las invasiones. La figura del Emperador, tan ligada desde su origen al éxito militar, la justificación del uso de la fuerza y de la propia supervivencia del Imperio frente a los bárbaros y los persas, beben directamente, en el plano ideológico y conceptual, de los logros y frutos obtenidos por los filósofos Neoplatónicos.

De la idea a la fe o, por mejor decir, del pensamiento racional al religioso, pues la guerra, como tuve ocasión de comprobar personalmente durante la Guerra de Bosnia, requiere a menudo de lo religioso para poder ser digerida por el combatiente o por quien la sufre. En este ámbito, el del hecho religioso en relación con el bélico, el trabajo de la profesora Esther Sánchez Medina es de una originalidad y precisión dignas de elogio. El siglo V, el de las invasiones, el del desmoronamiento de la Pars Occidentis del imperio romano, fue también el siglo de lo que podríamos llamar “Santos de la frontera”. Una frontera cambiante y no solamente física, sino ante todo espiritual y que pasó de ser el

límite entre el *Barbaricum* y el Imperio romano, para ser el indefinido lugar donde cristianismo niceno, arrianismo y paganismo seguían lidiando y haciéndolo, a menudo, teniendo como fronteros, como “guerreros espirituales” de primera línea de batalla, a hombres y mujeres como San Germán, San Severino, San Lupo o Santa Genoveva. Precisamente es a esta última, hija de unos *laeti* francos asentados en el Imperio, y a su papel como figura simbólica y catalizadora en la resistencia de París frente a los bárbaros y muy particularmente frente a Atila y sus hunos, a quien dedica la profesora Eshter Sánchez Medina su agudo estudio: “Guerra y hagiografía en la Galia de la segunda mitad del siglo V: París y la Vita Sancta Genovevae.” Trabajo que sobrepasa los límites de los estudios de género para ahondar en la psicología de las masas y en la necesaria construcción del aparato ideológico y místico tan necesario en toda resistencia frente a la acción violenta del “Otro”. Poco importa que el papel de Santa Genoveva, como el de otros de esos “Santos de la frontera”, fuera una creación hagiográfica, pues lo que importa es su necesidad. Esto es, su función como símbolo. El símbolo, como es bien sabido, es fundamental en la relación de las culturas y de las sociedades humanas con lo trascendente y poco hay más trascendente que afrontar la propia destrucción, la de la ciudad, la de la comunidad y la personal, ante la acometida de unos ejércitos que se percibían no sólo como rivales en el plano físico, el de los campos de batalla, sino también como enemigos espirituales e, incluso y con mucha frecuencia, como “Herramientas” del castigo de Dios o como agentes del Demonio.

Por otro lado, el que una mujer se constituyera en el símbolo de la resistencia de una ciudad romana no deja de ser singular y llamativo. Santa Genoveva queda así equiparada con San Aniano, el defensor de Orleans frente a Atila; con San Lupo, el cautivado obispo de Troyes forzado a ser guía del Rey de los hunos; con San Germán, el místico líder que condujo a las milicias de las ciudades de Britania contra los sajones y pictos; y con Severino de Nórico, quien aunó a los últimos restos de las guarniciones romanas de las ciudades de Nórico y a sus atribulados ciudadanos para resistir y, sobre todo, sobrevivir a y frente a los invasores alamanes, rugios, suevos y hérulos, entre otros.

Si en los trabajos antes citados es la idea y la fe, la razón y el símbolo, quienes ocupan la atención del filósofo y de la historiadora, el arqueólogo, el Doctor Eduardo Kavanagh, no podía sino ocuparse del hecho material y eso, en el ámbito del estudio de la guerra, lleva con frecuencia al análisis del armamento y su tipología. Y si hubo un arma en el Mundo Antiguo dotada a la par de prestigio y poder, esa fue la espada.

Cuando pensamos en Roma, el arma que aparece en nuestra mente es el *Gladius*, pero fue la *Spatha* la que se relacionó más largamente con la historia del Imperio. Aparecida en el siglo II de nuestra era, su evolución y su tipología abarcarían más de cuatro siglos de continuo cambio y adaptación a las necesidades militares y a las “modas” que se fueron sucediendo tanto entre los romanos como entre los bárbaros. La *Spatha*, la larga espada de doble filo apta para combatir tanto de filo como de punta, sería el arma

de prestigio tanto de caudillos bárbaros como de generales romanos, y su costosa y compleja fabricación, amén de sus componentes, variaciones y formas, constituyen un amplio, complicado y disputado campo de estudio que el doctor Eduardo Kavanagh aborda con la maestría de quien domina el tema mejor que nadie en nuestro país.

Como europeos, a menudo olvidamos que la Antigüedad Tardía tuvo su centro y su foco más poderoso e influyente no en Occidente, sino en Oriente. Oriente, el Oriente romano, se mantuvo en pie y siguió siendo el poder hegemónico e indiscutible hasta la imparable acometida de los ejércitos árabes en el siglo VII. Esa hegemonía y ese poder indiscutibles se asentaban ante todo en el dominio del mar. Sólo cuando se perdió el dominio del mar, Bizancio, el Oriente romano, pasó a ser una potencia regional y sólo con la aparición en el Mediterráneo de las flotas del islam se puede poner fin, verdaderamente, a la Antigüedad.

El profesor Carlos Martínez Carrasco, aborda precisamente en su trabajo uno de los últimos periodos en los que la hegemonía romana sobre el Mediterráneo se impuso sobre sus rivales. En efecto, durante la gran y última guerra romano-sasánida, 603-628, las flotas persas volvieron a navegar y a combatir por el Mediterráneo. Tras casi mil años, la última flota persa, la de los aqueménidas, había sido derrotada hacia 332 a.C. por la estrategia de “privación de puertos” puesta en marcha por Alejandro Magno; los estandartes del Eranshar ondearon sobre las olas del “Mar Occidental”. La flota persa, con su sede principal en Alejandría de Egipto y con bases en Trípoli, Beirut y Laodicea, atacó Chipre, Cos, Samos, Rodas, Creta y la costa Minorasiática, pero no acudió al Mar de Mármara ni a participar del gran asedio de Constantinopla por ávaros y persas de 626. Las razones de tales “faltas” operacionales y estratégicas están en la solidez de la flota romana y en su capacidad para sostenerse y, al cabo, imponerse. Y de hacerlo no sólo frente a Persia, sino también para seguir manteniendo un Imperio que, en lo fundamental, seguía girando en torno al dominio del mar. Sería ese carácter marítimo del poder bizantino el que obligaría a Sisebuto a armar una flota visigoda con la que lidiar con los romanos y poder así tomarles plazas como Málaga; y sería el empeño en sostener su poderío marítimo el que llevaría a las flotas romanas a persistir en el control del Estrecho de Gibraltar hasta inicios del siglo VIII y a asegurar la defensa de África y la pervivencia de la Italia bizantina frente a los longobardos. Que yo sepa, este es el primer estudio que se dedica a la flota bizantina de los primeros años del siglo VII y, por ende, su interés es mayúsculo.

También lo es el del trabajo del doctorando Miguel Navarro Torrente: “La puerta Chalké: Función militar, topografía, fisionomía y desarrollo del vestíbulo imperial de Constantinopla”. La puerta Chalké era la monumental entrada al Gran palacio de Constantinopla, sí, y sobre eso han escrito muchos historiadores y arquitectos; pero se les olvida con frecuencia que, por encima de su función monumental y simbólica, y más allá

de su papel en las ceremonias palatinas, la puerta Chalké fue fundamentalmente un magno y complejo dispositivo defensivo.

Miguel Navarro no se conforma pues con un estudio tipológico, topográfico y morfológico, sino que desvela, y el término no es un adorno literario sino concreto y literal, pues hasta este momento no se había ofrecido un estudio detallado al respecto, cómo se articulaba la defensa del Gran Palacio y el papel que en dicha disposición de fuerzas y medios jugaba la Puerta Chalké. Constantinopla, cabeza del Imperio, era la representación simbólica de este último y, como tal, lo que en ella se disponía se reflejaba en el conjunto. La defensa de la Puerta Chalké y de todo el Palacio jugó un papel vital en lo que podríamos llamar “política de defensa” del Imperio bizantino, y a menudo la disposición y uso de las fuerzas dispuestas en la Chalké y en sus alrededores constituyó la diferencia entre la supervivencia o no de tal o cual Emperador y de su régimen político.

Conclusión

En suma, los investigadores y lectores que acudan a las páginas de este dossier tendrán ante sí un diverso y completo cuadro de lo que supusieron la guerra y los ejércitos en la Antigüedad tardía. Más aún, tendrán la ocasión de informarse sobre aspectos poco tratados o, directamente y hasta el presente, habitualmente ignorados por la historiografía hispánica. El grupo de autores, formado por una historiadora de la Antigüedad, dos medievalistas, un filósofo y un arqueólogo, es la mejor muestra no sólo de la particular maestría lograda por cada uno de ellos sobre una época difícil, sino también de la necesidad de las obras multidisciplinarias para poder seguir avanzando en su estudio y conocimiento. Agradezco a la Revista Universitaria de Historia Militar el haberme permitido disfrutar con la coordinación de este dossier, y a los citados autores por haber depositado en mí tanta paciencia y tanta confianza.